

Del bipartidismo imperfecto al bibloquismo perfecto

La campaña electoral está presa de un casi irresistible impulso hacia la concentración de todas las opciones políticas en dos bloques polarizados e irreconciliables. No hace falta explicitarlos, porque los conocemos bien. Si hasta ahora el pulso de la política española lo venía marcando el tradicional bipartidismo, la novedad es que este ha sido absorbido por la lógica de bloques. Una de las consecuencias de este cambio es que antes el incentivo para los dos grandes partidos estaba en aproximarse al centro, visto como el caladero más propicio para restar votos al adversario; ahora el empuje es hacia los extremos. Esta dinámica desemboca en un desvanecimiento del pluralismo unida a una gran incertidumbre sobre cuál sea en realidad la política o políticas que podamos esperar del bloque triunfante. Porque, como sabemos bien por lo ocurrido en la pasada legislatura, ignoramos cuál vaya a ser la factura exacta que sus *junior partners* respectivos acabarán pasando a los grandes partidos para poder gobernar.

El resultado es que toda la oferta política colapsa sobre una decisión binaria, o este bloque o el otro. El juego con las listas no hace más que confirmarlo. Y no deja de ser curioso que el voto se presente, bien como una forma de evitar el mal mayor, de votar contra el más detestado o como una opción sustentada sobre criterios puramente identitarios: soy progresista o conservador, *ergo*. Lo cierto es que toda nuestra política se ha revestido de ropajes populistas. No solo por la forma en la que se está llevando la precampaña, tan cargada de banalidades, sino, sobre todo, por esa división del campo político en dos, el nosotros presuntamente bueno y el ellos maligno, y por la oferta de recetas milagrosas para problemas de gran calado.

Sin ese eje de confrontación nuestro sistema político pierde la brújula. Por eso los partidos alimentan la polarización

No sé si las campañas electorales solo son posibles cayendo en cierto infantilismo, en ofrecer una larga ristra de promesas sin saber si dispondremos de los medios necesarios para hacerlas realidad, en inflar expectativas que están llamadas a verse frustradas. Recordemos que esa es una de las principales causas de la desconfianza hacia la política. Sobran eslóganes y falta la dosis de realismo que exigen estos tiempos en los que parece que el futuro ha colapsado sobre el presente y vagamos, desorientados, por ese interregno que nos conducirá a una nueva era. Basta atender mínimamente al contexto en el que nos movemos para tomar conciencia inmediata de que habrá que hacer sacrificios, que los tiempos no están para alimentar falsas ilusiones. De eso no se habla.

Entre ellas figura la ilusión de que medio país sea capaz de afrontar los retos venideros excluyendo a la otra mitad. No es lo mismo votar por un bloque que por otro, desde luego. Aunque tampoco estamos condenados a quedar atrapados en esta escisión binaria. A mí me aterra Vox como al que más, pero ¿por qué habríamos de resignarnos a tenerlo en el Gobierno si el bloque de la derecha obtiene la mayoría, descartando de antemano cualquier tipo de colaboración entre PP y PSOE? La respuesta creo que la conocemos todos: sin ese eje de confrontación nuestro sistema político pierde la brújula. Aparte de que su reproducción interesa claramente a los líderes de los grandes partidos, y por eso alimentan la polarización. La cuestión es si en vez de atender a intereses partidistas no deberíamos concentrarnos en la solución de problemas, que es lo que en realidad preocupa. Hasta ahora, las referencias en negativo al adversario están mucho más presentes en la campaña que la propia discusión sobre problemas y las propuestas para resolverlos. La búsqueda de la victoria acaba priorizándose, así, sobre el para qué la queremos.